

Un capítulo ineludible

Salsa y control en Barranquilla. Una historia tocada y bailada

ADLAI STEVENSON SAMPER

Libra Libros Proyectos, Barranquilla, 2018, 177 pp.

UNO DE los debates entre los *salsómanos* colombianos ha sido el de establecer el lugar por el cual llegó la música “salsa” al país, pues si bien hay distintas hipótesis, es claro que este género tuvo en Barranquilla uno de los epicentros más importantes por cuenta de su difusión, consumo masivo, presentación de artistas y, por supuesto, producción musical. Con esto, quienes afirman que la salsa llegó a Colombia por Barranquilla cuentan con razones de peso para sustentar su idea, siendo el libro *Salsa y control en Barranquilla. Una historia tocada y bailada* (resultado de una beca para la publicación de una investigación, en el campo de la música, del Portafolio de Estímulos de la Secretaría Distrital de Cultura, Patrimonio y Turismo de Barranquilla) un buen trabajo que demuestra que la salsa arribó a la Arenosa –y al país– para quedarse.

El autor del libro es Adlai Stevenson Samper, un consagrado investigador de la música del Caribe que, con artículos en diferentes medios, así como varios libros, enseña sobre esta música que continúa vigente, a pesar de la emergencia de nuevos géneros, modas y tendencias, y por supuesto, la desaparición física de antiguas figuras, muchas veces irremplazables.

En la obra se contextualiza a Barranquilla como una ciudad abierta a recibir todo tipo de influencias, con un mestizaje humano y cultural (sustentado en la permanente llegada de personas de diversas procedencias), una ubicación equidistante entre las ciudades y poblaciones del Caribe colombiano, la navegación y el transporte por el río Magdalena, su conexión con los países del Caribe y un espíritu “descreído e irreverente” que no ha tenido miramientos con ningún tipo de casta, tradición o imposición. Stevenson deja claro que las élites establecieron diferenciaciones, con espacios como los clubes donde se presentaron grandes

orquestas, o con la elección de la Reina del Carnaval de Barranquilla siempre proveniente de esos sectores sociales (“su reina”, dice Stevenson). No obstante, a diferencia de Cartagena, con sus élites nostálgicas del abolengo colonial, Barranquilla permitió, incluso de la mano de sectores dominantes, que la salsa, un género de origen marginal (por lo menos parcialmente) y agreste (aunque con virtuosos creadores), calara y se difundiera sobre todo a través de la radio y los *picós* que “pegaban”, principalmente, en los barrios populares de la ciudad.

El libro está dividido en tres partes. La primera, titulada “Antes que llegue la salsa” (¿no faltó un “de”?), nos ubica en los antecedentes del género, describiendo el desarrollo de Barranquilla como el más importante puerto del país (la Puerta de Oro de Colombia). Allí, el autor menciona las relaciones que había entre La Habana y Barranquilla, la influencia de las emisoras cubanas y la acogida que tuvo la denominada “música antillana” que empezó a relacionarse con los ritmos locales. Es en ese momento en el que importantes músicos desarrollaron bandas de jazz y agrupaciones en formato de sonora para acompañar a luminarias de la época. Se mencionan destacados artistas locales que tuvieron éxito en las mecas de la música del Caribe (Nueva York, La Habana, San Juan, Caracas, Ciudad de México...) desde los años treinta hasta los cincuenta, como por ejemplo el pianista Al Escobar y los cantantes Sarita Herrera, Luis Carlos Meyer, Carmencita Pernet y Nelson Pinedo.

La segunda parte, “Por ahí viene la salsa”, habla sobre la pérdida de capacidad económica de la ciudad, sobre todo por la consolidación del puerto de Buenaventura. Esto fomentó el imaginario de que la “edad de oro” de la ciudad (que se veía como “cultura, modernizadora y elegante”) se acabó con la llegada de migraciones “incultas y corronchas”, desconociendo la incapacidad de una clase política para enfrentar las necesidades sociales. Esta parte termina refiriéndose a los flujos migratorios en Nueva York, de barranquilleros que viajaban no solo persiguiendo el “sueño americano”, sino para involucrarse en el negocio de la importación de discos y llenar

los anaqueles de estaderos, picós y, por supuesto, melómanos que fueron dando el salto de la vieja “música antillana” a lo que después se conocería como “salsa”.

Esto queda en evidencia en la tercera parte del libro, titulada “Ahora sí que estamos en salsa”, que se refiere a la llegada a Colombia de Richie Ray, tal vez el más virtuoso artista de los años sesenta en la movida “latina” de Nueva York, quien representó un salto estético que dejó atrás los ritmos “veteranos”. Si bien se han mencionado bastante las primeras presentaciones del artista de Brooklyn en las ferias de Cali de 1968 y 1969, muchas veces se olvida –o ignora– que la primera presentación de Ray, en compañía del estelar cantante Bobby Cruz, fue en Barranquilla. De hecho, el libro recuerda (aunque también expone otra versión) que dos integrantes de la familia Char fueron los responsables de que Richie y Bobby compusieran el tema “Colombia’s Boogaloo” (que, por cierto, solo menciona a Barranquilla y Bogotá). En ese contexto, se describe el desarrollo del boogaloo, con su sonido moderno, cross over y “americanizado” (que contiene estampas del rock y el blues), pues se canta en “spanglish”, algo que, de hecho, ha sido parte del habla popular barranquillera.

Y ya que se hablaba de los Char, Stevenson describe los diferentes momentos de la radio barranquillera para promover distintos géneros y artistas, y por supuesto, ignorar otros. También hace referencia a las compañías discográficas fundadas en Barranquilla, como Tropical, de 1945, que después sería comprada por Fuentes, así como a importantes compañías creadas por barranquilleros asentados en otros lugares, como Discomoda y Melser.

Posteriormente, Barranquilla vio surgir grupos salseros como El Afrocombo, La Protesta, Raíces y Los Titanes, a los que se suma la legendaria Colombia All Stars, una idea de Ley Martin, barranquillero de pura cepa que hizo realidad, así fuera por 72 horas, su sueño de juntar a las grandes figuras de la salsa colombiana, entre las que estaban los barranquilleros Jairo Licazale y Gabriel Rondón (aunque dice equivocadamente que Jimmy Salcedo, Adolfo Barros y Javier Gutiérrez son barranquilleros). Stevenson

también se detiene en el más relevante artista de los últimos cuarenta años en Barranquilla: el cartagenero, pero barranquillero por adopción, Joe Arroyo, quien con un sonido ecléctico, exuberante, original, y con mucha sabrosura, consolidó el sonido de la salsa barranquillera en el mundo. Además, vale decir que Arroyo ganó casi todos los Congos de Oro de los carnavales en los que participó, a tal punto que se creó la figura del Súper Congo solamente para él. La presencia de Arroyo en Barranquilla (a la que compuso el éxito “En Barranquilla me quedo”), con su monumental sepelio que paralizó toda la ciudad por varios días, podría haberse tratado más extensamente, aunque eso hubiera implicado que otros apartes también se extendieran.

El libro igualmente se refiere a la historia de Ely Besalel, un barranquillero que vivió desde los doce años en Nueva York y se convirtió en uno de los diseñadores de carátulas más importantes de la salsa, para artistas como La Lupe, Tito Puente, Ray Rodríguez, Joe Cuba, Cortijo y su Combo y, en particular, para Eddie Palmieri.

Hacia el final del libro, Stevenson hace un balance general de lo que ha sido la salsa en Barranquilla y las posibles razones por las cuales otros géneros le están ganando, desde hace rato, en popularidad. Evidentemente, la imposición comercial de la denominada “salsa rosa” y el embate del merengue durante los años ochenta (con el respaldo de artistas locales como Esthercita Forero) tienen relación directa con esta situación, así como el auge del vallenato, impulsado en un principio por marimberos guajiros que, como bien menciona el texto, a veces, de forma violenta –y armas en mano–, exigían que no les cambiaran su música favorita.

Claro que la respuesta podría ser que Barranquilla ha sido siempre una ciudad abierta a las nuevas tendencias musicales y que, si bien la salsa continúa presente, hay lugar para otros géneros. Esto, por supuesto, no responde por qué las expresiones más interesantes de la música cubana contemporánea no han calado en el público barranquillero, a diferencia de Cali y las poblaciones del Pacífico, y tampoco explica la ausencia de nuevas agrupaciones que “peguen” con temas propios.

No obstante, los espacios en que la salsa se vive y se disfruta, con la originalidad y “cheveridad” propias de la Arenosa, continúan presentes, lo cual le sirve al autor para hacer un recorrido por bares, estaderos y discotecas donde la salsa es un movimiento vigente. Mención especial recibe La Troja, célebre establecimiento que apoyó la publicación del libro, que cuenta con tres sedes y atesora una inmensa colección de vinilos para poner a gozar “a propios y extraños”.

El libro finaliza con un listado de conciertos memorables que –creo yo– sobra, pues no hay referencia, por ejemplo, a los festivales de orquestas del Carnaval de Barranquilla, los cuales han sido notables. Y ya que se menciona el Carnaval, vale decir que no se habla de las célebres agrupaciones que han concursado por el Congo de Oro, entregando maravillosas presentaciones. El texto podría haber hecho mayor énfasis en algunos temas o profundizar en los vínculos innegables entre las élites económicas locales (algunas en tránsito de convertirse en élites nacionales), la política, los medios de comunicación y, por supuesto, los artistas y su música. Sorprende que Stevenson no mencione *La Lira*, tal vez la única revista sobre música popular del Caribe en Colombia, de la cual ha sido colaborador.

Pero que no se entienda mal, pues *Salsa y control en Barranquilla. Una historia tocada y bailada* es un excelente libro que demuestra un conocimiento construido mediante un vasto recorrido, seriedad en la investigación y una amena escritura que nos enseña bastante sobre esa música acogida por la ciudad como si fuera propia, algo que caracteriza a la salsa, pero también a Barranquilla como parte de su identidad. Con esto sobre la mesa, es claro que si quieren saber lo que es la salsa en las calles, los estaderos y los bailaderos por donde andaba el “barranquillero arrebatado” (como lo cuenta la recordada canción del grupo Sarabanda), este es un libro que no deben dejar de leer.

Petrít Baquero